Aubry hubiera querido recoger las palabras pronunciadas, pero no era ya tiempo.

—¡Voto al diablo! dijo Meloir, yo habia venido para saber algo de eso. ¿Parece que tambien tenemos nuestras tretas?

Miró alrededor del calabozo por segunda vez y con mayor atencion.

Aubry habia vuelto á tumbarse en su lecho de paja. Ya no hablaba; tenia las manos libres; mas de una vez le habia ocurrido la idea de precipitarse sobre el caballero, pero este se hallaba armado de piés á cabeza, mientras que Aubry nada tenia para defenderse.

Meloir, despues de haber hecho su exámen, murmuró:

—No hay una sola hendidura por donde pase un dedo, y este mocito no es duende.... ¡Ah, exclamó de pronto, como si le ocurriese una idea, la tronera!

Aubry se estremeció de piés á cabeza. Meloir enderezó su elevada estatura, y como aun no alcanzaba su cabeza á la tronera, dió un salto.

—Un conejo podria pasar por ahí.

Parecia que su mirada hacia la comparacion entre la anchura de la ventana y el grueso del cuerpo de Aubry.

—¡Si estuviese cortada la barra! dijo explicando en alta voz su pensamiento.

Se quitó la manopla de hierro, se puso de puntillas, y le arrojó violentamente contra la barra, que produjo un sonido cascado.

—¡Ah, voto al diablo! ¡cuerpo de Cristo! ¡primo mio, exclamó, he hecho bien en venir.

Pero no concluyó la frase, porque el jóven, viéndose perdido y adoptando una resolucion repentina, habia aprovechado el momento en que Meloir atacaba á la barra para precipitarse sobre él.

En un abrir y cerrar de ojos fué derribado Meloir al suelo.

Aubry, que apoyaba la rodilla en su pecho, le puso su propia espada en la garganta.

—¡Lanza un grito, pronuncia una palabra, dijo en voz baja, y te mato como á un perro!

—Y harás bien, primo Aubry, repuso Meloir, que no se desconcertaba por tan poco. Has obrado como se hace en buena guerra, y yo no he hecho tan bien en venir. Pero puedes oprimir un poco menos mi garganta, si quieres. Te empeño mi palabra de caballero de que no pediré socorro.

VII.

Fray Bruno.

Cuando Aubry hubo aflojado un poco la mano, Meloir absorbió un poco de aire con visible satisfaccion.

—Tienes buenos puños, primo, dijo, y yo soy un necio. Tu treta vale mucho mas que la mia. No hay mas, y no es motivo ese para enfadarse.

—Escucha, Meloir, le contestó el jóven, en otro tiempo eras tú un soldado valiente y un buen compañero; no tengo valor para matarte.

—¡Diablo! dijo Meloir interrumpiéndole, ¡matarme! No te andas con rodeos, primo Aubry.

—Deberia hacerlo por Hue y por su hija.

—Nada de eso, añadió Meloir volviendo á interrumpirle. Sabes que soy incapaz....

La mano de Aubry se hizo algo mas pesada sobre la garganta del caballero.

— Cállate, dijo con rudeza. No tengo tiempo ni ganas de escuchar tus necedades. Consiento en perdonarte la vida, pero á condicion de que no me estorbarás en el cumplimiento de mi propósito.

— ¡Á fe de caballero! exclamó Meloir; no tienes mas que serrar tu barra delante de mí, si quieres, y yo te serviré de escabel para que subas.

— Muchas gracias. Esa via me parece incómoda y peligrosa. ¿Á qué salir por la ventana cuando está ahí la puerta?

— Te haré observar, primo Aubry, que me estás oprimiendo el cuello sin pensar en lo que haces. No me gustan las cosas á medias. ¡Ahógame en regla! vive Dios, ó suéltame.

— Te soltaré en cuanto nos hayamos arreglado.

— Sin embargo, yo no puedo abrirte esa puerta, exclamó Meloir con dolienle acento.

— ¿Me prometes que, en cuanto te deje libre, no intentarás contra mí resistencia alguna?

— Lo prometo.

— ¿Me prometes que dejarás que te ate las manos y las piernas?

— ¿Las piernas? ¿para qué, primo?

— Y qué te ponga una mordaza en la boca? añadió Aubry, cuyos dedos hicieron un pequeño movimiento en torno del cuello del caballero.

— ¡Lo prometo, lo prometo! dijo Meloir precipitadamente.

— ¿Te comprometes á cederme tu armadura para que me la ponga ante tu vista?

— ¡Mi armadura!

— Desde las espuelas hasta la celada.

— ¡Ah, primo Aubry, primo Aubry! murmuró el pobre caballero, nunca te hubiera creido tan astuto.

— ¿Te comprometes?

— Me comprometo.

— ¿Bajo juramento?

— Bajo juramento.

— ¡En hora buena! levántate y cumple tu palabra como un caballero.

En cuanto á lo de levantarse, Meloir no se lo hizo repetir; en cuanto á cumplir su palabra, acaso hubiera encontrado alguna escapatoria si no hubiese visto su buena espada en manos de Aubry. Verdad es que la daga la llevaba todavía en la vaina; pero Aubry de Kergariou era un excelente hombre de armas, y atacarle con una daga cuando estaba con espada en mano, habria sido una locura.

Meloir se sacudió, se estiró y se palpó.

— Vamos, dijo Aubry, despáchate.

Meloir dió un paso hácia él.

Aubry le puso sin ceremonia la punta de su espada entre ambos ojos.

— Mantente á distancia, le dijo. Entre buenos amigos las cuentas claras: no te acerques ó te pincho.

— Segun eso, tienes desconfianza?

— Tengo prisa, y si no te despachas.....

— Ya voy, ya voy, primo Aubry.

Con efecto, Meloir comenzó á desabrocharse la armadura.

Solo tenia puestas las piezas ligeras y no la lóriga de hierro que aun se llevaba al combate en el siglo XV.

Su equipo consistia en martingalas de acero y de búfalo, corselete de mallas anchas, jubon de búfalo, y celada sin visera con penacho.

Aubry le seguia con la vista.

Cuando Meloir hubo concluido de desarmarse sin conservar mas que sus calzas y su jubon, Aubry tomó de debajo de la paja de su lecho una cuerda que habia de servirle en su proyectada evasion.

—Dame tus muñecas, dijo con voz imperiosa.

—Aguarda siquiera á que estés armado.

Aubry se sonrió.

—Me armaré cuando estés atado, replicó; dame tus puños.

Meloir obedeció al fin, aunque de muy mala gana.

El pobre caballero habia esperado verdaderamente restablecer su posicion, mientras Aubry estuviese entretenido en vestirse. Al tender sus puños, murmuró:

—Quién diablos habria pensado que este hombrecillo supiese manejarse asi!

—Ya está, dijo Aubry, que habia hecho un nudo excelente; te perdono los piés. Ahora sientate en aquel lugar, y reflexiona, si quieres, acerca de las vicisitudes de la suerte.

Meloir se sentó. Tenia la traza de una zorra á quien hubiese cogido una gallina.

En un abrir y cerrar de ojos estuvo Aubry armado de piés á cabeza.

—¿Estoy bien así? preguntó.

—¡Vive Dios! exclamó Meloir encolerizado, ¿será preciso tambien que te sirva de espejo?

—Vamos, vamos, no te incomodes, primo Meloir. Ya llegará dia en que te devuelva tus armas. Ahora no nos falta mas que ponerte la mordaza.

El momento no era oportuno para oponer resistencia.

Meloir se dejó poner la mordaza.

Pero ya no le quedaba ni un resto de su excelente carácter. En su cabeza se agitaban pensamientos feroces de venganza.

Aubry le dió cortesmente los buenos dias y golpeó con la acerada manopla en la puerta. Llamaba con toda su fuerza, acordándose de que fray Bruno habia dicho que iba á maitines. Sin embargo, pareció que el buen fray Bruno habia variado de opinion, porque al oirse el primer golpe dado con la manopla, se abrió la puerta.

Aubry no pudo menos de retroceder un paso.

—Estaba ahí, pensó, y ha debido oirlo todo!

Y como en el mismo instante se levantó Meloir bruscamente lanzando gritos inarticulados bajo su mordaza, Aubry se creyó perdido.

—¿Qué tiene ese loco? exclamó alegremente el buen fray Bruno. Ceedme, señor caballero, dadle en la espalda un par de golpes de plano con vuestra espada.

Meloir se habia precipitado hácia la puerta, y procuraba poner su rostro á la luz y hacer que le conociese el lego; pero este, volviéndose hácia Aubry, le dijo:

—Nunca he visto así al prisionero..... ¿le habeis dado de beber, caballero? En el año 39 teníamos un cautivo llamado Tomás Graveleur, que se volvió maniático en este mismo calabozo. Deseo contaros su historia. Figuraos que este Tomás Graveleur....

Meloir se agitaba furiosamente.

—Salgamos, dijo Aubry, que estaba muy pálido y se hallaba sorprendido de que pudiese prolongarse así la equivocacion del fraile.

El buen fray Bruno verificó entonces su retirada, y como Meloir se acercaba á él, el buen padre creyó que no podia hacer cosa mejor que administrar al prisionero recalcitrante un puñetazo paternal. Era un magnífico puño el del monje. El pecho de Meloir sonó como un tambor; el caballero se tambaleó y cayó sobre la paja.

—Ved! dijo fray Bruno indignado, no es de mi incumben-

cia acariciar á los locos. Me he hecho daño en la segunda falange del dedo annularius.....

Aubry habia traspuesto el umbral de la puerta. Fray Bruno le siguió hablando y refunfuñando cada vez mas.

Cerró la puerta con el mayor esmero.

Hecho esto, se sujetó los ijares con ambas manos, y miró á Aubry riendo á carcajadas.

Aubry no sabia qué pensar.

—¡Oh! ¡oh! decia fray Bruno, cuyos ojos se llenaban de lágrimas, me voy á morir de risa, señor Aubry, me voy á morir de risa! Esta sí que es historia... ¡Santo Dios! una historia como nunca la he inventado.

—¿Segun eso, me habeis conocido? dijo Aubry balbuceando y desconcertado.

—¡Dulce nombre de Jesús! ¿Pensais que tengo telarañas en los ojos? ¡Oh, oh! me duelen las costillas de reirme. ¡Y se ha desnudado él solo! ¡qué obediente ha sido!

—¡Cómo! ¿lo estabais viendo?...

—¿Pues y el agujero de la cerradura, señor Aubry? lo veia, como os ví ayer durante todo el dia limar vuestra barra, y.... buenas ganas se me pasaron de traeros un escabel para los piés. ¡Santo Dios! porque debiais cansaros mucho en aquella postura.

Aubry le miraba sorprendido.

—Sí, señor, sí, repuso fray Bruno, aun cuando me mireis con ojos de á cuarta. A mí me gustan las historias buenas; y referiré esta dentro de veinte años, si vivo. Además, ya sabeis que era un soldado completo, antes de ser, como ahora, medio monje. El viejo Maurever ha cautivado mi corazon al venir hasta aquí á humillar el orgullo de un soberano; vos me habeis cautivado tambien, arrojando vuestra espada delante del catafalco, y ese pícaro Meloir, por el contrario, me encendió la

sangre cuando se constituyó aquel dia en perdiguero. Ahora bien, todo esto me recuerda una historia bastante curiosa que ocurrió en el año 28, detrás de Bellesene, en la Normandía....

—Muy bien, fray Bruno, dijo Aubry interrumpiéndole; lo que mas urge es que yo salga del recinto del monasterio, y luego me contareis vuestra historia.

—Puedo contárosla en el camino, señor Aubry. Era el caballero Pothon de Xaintrailles, que queria entrar en Bellesene de noche, contra la voluntad de los ingleses. Durham estaba en Bellesene con cuatrocientos arqueros del norte, que hubieran dado muerte á una alondra á la distancia de cincuenta toesas....

Aubry oprimió de pronto el brazo del lego.

Habian salido del pasadizo y desembocaban en el claustro, en donde se paseaban vario monjes. Bruno cambió repentinamente de tono.

—Sí, señor caballero, dijo con todas las apariencias de un respeto profundo; los tres calabozos están á continuacion uno de otro, y abiertos en la roca viva. D. Nicolás Famigot, vigésimo cuarto abad del santo monasterio, hizo además que dorasen de nuevo la estátua giratoria de San Miguel Arcángel, que está en la parte superior de la capilla. Su muerte se verificó el dia 19 de mayo de 1272, y dice el cartulario...

En esto habian atravesado ya el claustro.

—Lléveme el diablo si sé lo que dice el cartulario, señor Aubry, repuso fray Bruno. El cartulario no contiene buenas aventuras como las que yo he presenciado hoy ¡Ah! dejadme que me ria un poco mas, os lo ruego. ¡Qué figura tenia el caballero! ¡Y qué miradas tan lastimosas me dirigia! ¡Ay! daria yo dos ó tres dineros por saber qué vida está haciendo solo, allí en vuestro calabozo.

Aubry no podia participar de la expansiva hilaridad del lego. Su casco no tenia visera: Meloir debió llevar alguna comitiva

consigo al convento. Aubry temia encontrar hombres de armas, al pasar, y ser conocido.

Pero Bruno tenia contra sus temores argumentos que no admitian réplica

—¡Los soldados! decia, ¡ja, ja! los he visto, y ya son buenos perillanes. Yo mismo los he llevado al refectorio de los legos. Han entrado allí por su pié, pero será preciso sacarlos en camillas. ¡Ah! yo he sido soldado y sé ya lo que es.

Fray Bruno se pasó la lengua por los labios, conmovido por el recuerdo de alguna orgía épica.

Bajaron por la escalera grande, cruzaron la sala de los caballeros, el refectorio de los frailes y llegaron al umbral de la sala de la guardia.

—La cabeza erguida, dijo fray Bruno, que era grande observador, el aire audaz é insolente, el puño en la cadera... así es como anda Meloir.

—Los guardias hicieron con respeto el saludo de las armas.

Se abrió la puerta exterior.

—Llevo el encargo, dijo el lego al portero, de enseñar la capilla de San Auberto al digno caballero Meloir.

—¡Dios os acompañe! dijo el hermano tornero.

Y salieron.

Aubry respiró ruidosamente. Fray Bruno le hizo coro.

—Ahora, repuso, ¿á dónde vais, jóven caballero?

—No puedo decíroslo, respondió Aubry.

—Sí por cierto, sí por cierto, exclamó Bruno, puesto que voy con vos.

—¡Cómo! ¿vos venís conmigo?

—Os sigo hasta el fin del mundo.

—Pero.... ¿y vuestros hábitos, hermano?

—No he hecho voto todavía, señor Aubry; ya os he dicho que solo soy medio monje, y no me cuido mucho de sustitui-

ros en el calabozo abierto por D. Nicolás Famigot, vigésimo cuarto abad del Monte San Miguel, aunque sea una obra muy hermosa.

—¿Creeis que os harian responsable?

—El caballero Meloir hablaria del puñetazo..... un buen puñetazo, señor mio, como visteis..... y esta noche dormiria yo en vuestro lecho de paja..... Con ese motivo sé una historia que verdaderamente os va á divertir..... al menos así lo espero.

Era el año..... ¡aguardad!..... el año se me ha olvidado. Pero, sí..... de seguro era antes del año 40, porque yo tenia mis tres dientes de delante, que me los rompieron de un pícaro golpe de maza mas abajo de Flennebon. El señor de Villaines.....

—¡Bruno! dijo Aubry interrumpiéndole, voy á un sitio donde no tengo derecho para llevaros.

—Venid por aquí, señor Aubry, contestó el lego; mas vale entrar un poco en la playa que andar por encima de esas diabólicas rocas, que gastan en dos dias el mejor par de sandalias. ¿Con que, segun eso, no quereis oir mi historia? Está bien, señor Aubry. En cuanto al sitio á donde vais, si no me llevais, os llevaré yo á él.

—¡Cómo! ¿sabeis?....

—¿Creeis que el tercer dardo de mi compañero Alain, el arquero que velaba sobre la plataforma hace dos dias, no hubiera alcanzado mejor que los dos primeros? Mi compañero Alain nunca ha errado tres tiros seguidos en su vida, y á Dios gracias, se veia á la jóven á la luz de la luna, como yo os estoy vienda ahora, señor Aubry. Afortunadamente habia yo escuchado por un agujero de la cerradura mientras hablabais con ella.

—¡Pero tú eres un verdadero diablo! exclamó el jóven medio enfadado, medio risueño.

—¡Quejaos todavía! Cogí el brazo de Alain, mi compañero, y le dije: «Hé aquí un vaso de vino que San Miguel Arcángel envia á su fiel guardia.» Y maese Alain levantó la ballesta para tomar el vaso. El vaso era hondo.. .. Cuando Alain, mi compañero, le hubo apurado, la señorita Reina de Maurever estaba ya guarecida detrás del ángulo de la muralla.

Aubry le cogió la mano, y se la estrechó con viveza. Fray Bruno se detuvo, y alzó las anchas mangas de sus hábitos.

—Mirad esto, dijo, mostrando un brazo de atleta. Cuando los soldados de Meloir vayan á buscar al anciano Hue de Maurever, allá abajo en Tombelene, estos brazos podrán darles todavía algo que sentir. Descuidad: manejo lindamente una espada; cuando no tengo espada, me gusta bastante el garrote; cuando no tengo el garrote á mano, mirad, me manejo lo mejor que puedo.

Al decir esto, habia cogido con ambas manos un pedazo grande de roca, que balanceó un instante sobre su cabeza: la roca partió, como si la hubiera lanzado una máquina de guerra, y fué á aplastar un poste plantado en la arena á treinta toesas de allí.

Fray Bruno se sonreia plácidamente.

—Suponed que Meloir hubiera estado en lugar de ese poste, dijo; de seguro que el golpe le hubiera quitado el apetito para mucho tiempo..... Pero decidme, jóven caballero, exclamó interrumpiéndose de repente, ¿habeis oido contar alguna vez la aventura de Josson Drelin, pertiguero de la parroquia de San Juan de los Barbechos?

VIII.

De como Josson Drelin se bebió el rio de Rance.

Mientras hablaban así, Aubry de Kergariou y fray Bruno habian dado la vuelta al Monte y se encontraban en frente de Tombelene.

Aubry reflexionaba.

Bruno narraba.

—Josson Drelin, decia, pertiguero de la parroquia de San Juan, era un buen bebedor, muy inteligente en sidra, como el pobre Mr. Gilles de Bretaña, cuya alma tenga Dios, era inteligente en mujeres. Y en último resultado, señor Aubry, ser inteligente en mujeres es propio de un caballero, así como serlo en sidra lo es de un pertiguero.

Yo soy quien os digo esto, salvo el respeto que se debe á cada uno. Así pues, en el bautizo de las campanas de San Juan de los Barbechos en el año 43 ó 44, porque ya la memoria se me vá (que ahora ya no tengo veinte y cinco años, no, ni treinta; ser y haber sido son dos cosas). Decia, pues, que en el año 43 ó 44, Josson Drelin tocó tanto, que bebió mucho..... Si tocó